



## Caminatas militantes (por otro Chile)

LUCERO DE VIVANCO<sup>1</sup>

### **Miércoles 16 de octubre: Evasiones masivas**

Bajo al metro Los Héroes al final de la jornada, como todos los días. Pero no es como todos los días. Decenas de estudiantes saltan los torniquetes y alientan a la gente a seguirlos. “Evadir, no pagar, otra forma de luchar” se escucha casi como una ronda infantil. Una columna ya excesivamente

grande de Fuerzas Especiales (FFEE) amenaza con su simple presencia. Me abro paso entre ambos grupos, pago mi pasaje, y me voy a casa. Veo la escena en la tele un rato más tarde.

### **Viernes 18 de octubre: Estallido**

No hay metro y debo caminar desde Los Héroes hasta Manquehue. Horas antes, en mi oficina en un cuarto piso de Alameda sobre Los Héroes, he ido sintiendo, cada vez con mayor claridad, cómo el malestar por la subida del pasaje del transporte público estaba emergiendo desde el subterráneo hacia la superficie, con la fuerza de un volcán. Dispuesta a llegar a casa a como diera lugar, logro avanzar hasta el cerro Santa Lucía por la vereda norte de Alameda.

---

<sup>1</sup> Académica del Departamento de Lengua y Literatura de la Universidad Alberto Hurtado.

En ese punto, debo desviarme hacia el río, pues una nube de gas lo ocupa todo, junto al fuego. Son las primeras imágenes de una guerra que en pocas horas será unilateralmente declarada y multilateralmente rechazada.

Me molesta tener que abandonar la Alameda, eje vertebral de la ciudad. Por algo marchas y protestas siempre demandan realizarse en esa avenida. Son las *grandes alamedas por donde pasa el hombre libre*. Retomo avenida Providencia a la altura de El Salvador. Acostumbrada a las manifestaciones en Los Héroes, de las que soy testigo directo desde la revolución pingüina en el 2006, me sorprende ver las huellas de ese primer estallido cerca del metro Manuel Montt, pues no suele llegar tan “arriba” la protesta. Cuando veo restos de lacrimógenas a las afueras del metro Tobalaba, me doy cuenta de que estamos ante otra cosa. Algo más transversal, más extendido, más profundo que la rabia que sostenía, dos días antes, el “evadir, no pagar” del metro Los Héroes.

### **Martes 22 de octubre: Protesta en Las Condes**

Me dirijo a Manquehue esquina Apoquindo. Camino tímidamente, pues vivo en Las Condes, una comuna cuica, y debo hacerme cargo de mis privilegios. Me lo recuerda mi hija de 23. Le argumento mil veces que yo no soy cuica, que soy parte de ese 18,25% que en mi comuna votó en contra de Piñera, que trabajo en una universidad con sentido social y vocación de servicio público, que me abrí camino en Chile sin redes de apoyo, que... Pero ella insiste con los privilegios. ¿Significa que no tengo derecho a protestar? ¿Cómo se manifiesta uno haciéndose cargo de sus privilegios? Es el tipo de preguntas que me hago al escribir sobre la literatura de

la violencia política en el Perú, cuyas víctimas se cuentan, en su gran mayoría, dentro de los sectores más desposeídos de la sociedad. ¿Cuál es ahí mi lugar de enunciación? ¿Cuál es aquí?

Pero salgo a protestar igual: tímida, sin derecho, casi con culpa, cacerola y cuchara escondidas en la mochila, con miedo a que me funen, a que me expulsen del grupo de los expulsados. A la primera lacrimógena, todo el mundo saca su pañuelo. Yo –desentrenada– no tenía, pero recibo una mascarilla de un donante anónimo. Me sorprende la generosidad. Unos días después, entenderé que es parte de la lógica que se vive en esta revolución: la lógica de la gratuidad, del regalo, de la preeminencia de la necesidad del otro sobre la necesidad propia.

Desde Manquehue, la gente empieza a caminar hacia el centro de la capital. Todo indica que va a Plaza Italia. Avanzo golpeando fuerte mi cacerola, sin saber cómo regresaré, pues no he traído mi tarjeta de metro. De tanto gritar y saltar me muero de sed. Antes de salir de casa metí lo que creí imprescindible: llaves, 10 mil pesos, cédula de identidad. ¿Cómo voy a comprar una botella de agua con un billete tan grande? No aguanto más y pido una coca cola en un quiosco atiborrado de marchantes sedientos como yo. El señor que atiende se mueve rápido aprovechando la oportunidad. Guardo el vuelto sin contarlo, dispuesta a pagar un “precio adicional” por mis privilegios. Luego, en casa, cuento y el vuelto está completito. Un aprendizaje más, uno de los más importantes: la confianza. Este sistema neoliberal brutal solo promueve el individualismo, todos compitiendo contra todos, intentando ganar a cualquier precio, recelando del ser humano que uno tiene al frente, trabajando solo para uno. Pero no tiene por qué ser así. Se puede confiar.

### **Miércoles 23 de octubre: Plaza Italia**

Esta vez salí más preparada: pañuelo, tarjeta bip, agua, billetes de mil, cacerola y cuchara. Prima la esperanza, la alegría, la energía, la juventud. El individualismo está herido para siempre y una lógica tribal nos invade. Todos participamos de las danzas que conjuran el abuso. Porque el abuso es la liana que nos enlaza, que nos convierte en un cuerpo único, coral.

Las movilizaciones no solo interpelan políticamente, lo hacen a todo nivel, también en la subjetividad, en lo personal, en lo íntimo. A pesar de mis privilegios, la manifestación es un bálsamo para mi propia historia de abuso. Es una instancia reparadora. Ahí encuentro justicia, restauración, sanación. Me provoca gritar #MeToo!, pero la consigna es más altruista esta vez y exige “dignidad”.

Vuelvo a mi comuna cuica con una seguridad que no tenía el primer día. Aunque estoy sola y a pocas cuadras de mi casa, salto mientras golpeo la cacerola, adaptando el canto de Plaza Italia: “el que no salta es facho...”. Nadie salta.

### **Viernes 25 de octubre: La marcha del millón 200 mil**

Llego con mucha anticipación y quedo en medio de la plaza. La gente va llegando y los cuerpos se tocan y se aprietan unos a otros. Se cuidan entre sí. Vuelo con las banderas y los volantines negros. Me elevo con el humo de colores de las barras bravas. Estallo con los fuegos artificiales. Canto por el despertar de Chile. Salto con todos los que no son “pacos”. Sonríe indiscriminadamente. La épica y el espíritu romántico todo lo

invaden. Estamos derrotando también a la postmodernidad.

### **Lunes 28 de octubre: La batalla de Paseo Bulnes**

Hoy pretendo llegar a mi casa directamente, caminando desde Los Héroes hasta Manquehue. Voy por la vereda norte de la Alameda hasta una cuadra antes de La Moneda. Un FFEE no me deja pasar y me manda a la vereda sur. Cruzo a regañadientes. Avanzo hacia el oriente por un callejón hecho de vallas papales puestas en zigzag, de modo que es más estrecho de lo que aparenta. Hay un río de gente joven y yo voy en medio de ese caudal. Todos estamos cubiertos con pañuelos porque el olor a gas es irrespirable. Cuando estoy exactamente frente a la casa de gobierno, veo el guanaco y el zorrillo que se acercan raudos en contra nuestro. Por unos segundos, decido mantener mi caminata militante por las grandes alamedas, lo que me acerca peligrosamente a esas maquinarias mortales. Una frase de Borges describe el momento: “cómo iba yo a saber que aquel río era el triste Aqueronte, el insuperable”. Porque, para entonces, el derecho ciudadano sobre la vereda peatonal ya se había perdido: pronto estoy rodeada de gases, huyendo a ciegas, recibiendo el chorro de agua impura por la espalda. Intento alejarme a tientas, aunque mi paso se vuelve más lento en la medida que mis ojos se van cerrando. No sé dónde voy, pero dos mujeres jóvenes me rescatan: me rocían agua con bicarbonato y me regalan medio limón. Se aseguran que yo esté “bien” antes de continuar su labor con otros como yo. Otro valor hallado: la solidaridad, la empatía humilde, el trabajo en equipo, la labor desprendida de la retaguardia, lejos de toda visibilidad y de todo reclamo por reconocimiento.

Alcanzo a tientas a llamar a una amiga que vive en Paseo Bulnes para que me acoja. Me cuesta llegar porque no puedo ver. Ella me espera con la puerta abierta y un té de todas las yerbas sanadoras que yo necesito en ese preciso momento. Me recupero mientras escuchamos cómo suben de volumen los enfrentamientos en su calle. Aproximadamente una hora después (el tiempo lo midió ella, pues los gases no solo afectan ojos y garganta, sino que también aturden la mente), me propongo continuar mi camino de regreso. Pero lo que se estaba dando en la puerta de su edificio era la batalla de Paseo Bulnes: fuegos cruzados, gases, piedras, aguas turbias, heridos, gritos. Tuve que esperar el momento apropiado para salir del edificio. Pero ese momento no llegó, así que tuve que salir simplemente; correr tres o cuatro cuadras, alejarme de los balazos, de más gases, más lacrimógenas, más trincheras. Llegué finalmente a mi casa, como cuatro horas después de haber salido. Con mis dos ojos en sus cuencas, eso sí.

### **Miércoles 6 de noviembre: Providencia se suma**

Nuevamente parto de Los Héroes caminando. En esta ocasión las dificultades empiezan a la altura de Manuel Montt. Otra vez aspiro a la caminata militante por las grandes alamedas, pero no lo lograré. Sorteo las barricadas y los FFEE de Miguel Claro, Manuel Montt, Antonio Varas, Carlos Antúnez, Pedro de Valdivia, Ricardo Lyon. ¿Será tanto nombre de hombre puesto ahí? Alcanzo a avanzar hasta Los Leones. Aquí tengo que desviarme por una calle hacia el sur. Me llama la atención la cantidad de gente que hay en las transversales de Providencia. Gente de los propios barrios apropiándose de su territorio, bajando con sus cacerolas a reclamar por sus derechos, a pesar de sus privilegios de comuna cuica. Han hecho fogatas en sus calles, en las esquinas de Holanda, Luis Thayer Ojeda, Hernando de Aguirre, El Bosque. Quién lo



diría. Las fogatas son pequeñas trincheras, también provocaciones. Pero son principalmente fogones convocantes. Hogares. Las cacerolas, tal vez, de mejor calidad que en otros barrios de Santiago, pero la mezcla de indignación y esperanza es la misma que he visto derramada todos estos días por la columna vertebral de la ciudad.

### **Jueves 7 de noviembre: El abrazo**

A la altura de Paseo Ahumada, en mi ruta Los Héroe-Manquehue, hay un muchacho joven con los ojos vendados. Podría ser mi hijo. Junto a él, un lazarillo con un letrero que reza: “se reciben abrazos”. Sin titubear, me acerco y lo rodeo con mis brazos. ¿Cómo explicarlo? Los ojos vendados son como ojos perdidos, pero la ceguera es blanca; el silencio es como el aullido de una manada de jaguares; el anonimato es como una sangre que nos purifica en la unión; los cuerpos sanos honran los cuerpos heridos. Amé en ese abrazo no solo al joven abrazado, sino a Chile, a donde llegué hace 20 años. Y habiendo sido una migrante (privilegiada), este día finalmente sentí que la calle también era mi casa.

### **Martes 12 de noviembre: Plaza de la Dignidad**

He sentido en estos días la revolución dentro de mí, la utopía, la esperanza. Pero por momentos también me ha asaltado el escepticismo, el cinismo, incluso el miedo de que nada bueno vaya a salir de aquí; de que no haya cambios; de que gane finalmente el sistema, por ser sistema precisamente. También he sentido miedo a la escalada de violencia y destrucción. He despertado con cada ruido nocturno como si fuera un coche-bomba en potencia. He comprendido el fuego protector de la barricada, pero he

recelado del fuego más ardiente de los que nada tienen que perder.

Las violaciones a los derechos humanos, tan evidentes para todos y tan negados por el gobierno, han alimentado mi lado más temeroso, pero también el más osado. Las personas en la calle saben que estas violaciones a los DDHH no solo se concretan en el uso desmedido de la fuerza, la tortura, el asesinato, la mutilación. El desprecio a la dignidad de la persona es también una aberración contra la humanidad. Y eso viene sucediendo sistemáticamente en Chile, miles de veces por minuto, desde hace muchos años. Por eso hoy, la gente ha rebautizado Plaza Italia como Plaza de la Dignidad.

### **Viernes 15 de noviembre: Acuerdo por una Nueva Constitución**

Frente al acuerdo por una nueva constitución, presiento que hoy no será necesaria la caminata militante entre Los Héroe y Manquehue, con detención obligada en la Plaza de la Dignidad. Dentro de mí, vuelve a elevarse la esperanza y a disminuir el temor. Pero me aparece una ligera sensación de nostalgia, como la que suele llegar en las páginas finales de una gran novela épica. Decido concentrarme en que el futuro, aunque incierto aún, se presenta con páginas en blanco en las que empezar a escribir un nuevo relato.

De algo sí estoy segura, no olvidaré, en los tiempos que vienen, en los tiempos que me quedan, cada vez que camine entre Los Héroe y Manquehue, lo aprendido en esta revolución: que otro Chile es posible.

(Créditos del material fotográfico de esta crónica: Foto página 1: Ram Rogaler ©. Foto página 4: Ricardo Greene ©)